

Todavía me acuerdo de la bicicleta que me regaló mi tía Liduvina el día que hice la primera comunión —le digo esta mañana a Ramoncito—. ¡Oh, sí! ¡Era una bici estupenda! Tenía el manillar niquelado, el cuadro pintado de azul cielo y un par de ruedas perfectamente circulares.

—Por lo que cuentas, era una bicicleta como cualquier otra —me interrumpe Ramón, que siempre está dispuesto a chafarme la guitarra—. Todas las bicicletas del mundo son iguales, incluso las que algunas tías solteras, vírgenes y mártires regalan a sus sobrinos preferidos. Todas, al fin y al cabo, tienen un manillar, un cuadro, un par de pedales, una cadena y dos ruedas.

—Lo que pasa es que aquella bicicleta volaba —puntualizo.

—Todas las bicicletas vuelan cuando se pedalea con la suficiente rapidez —observa Ramón—. Piensa, por ejemplo, en Miguel Indurain.

—Mi bicicleta volaba en el sentido literal de la palabra —preciso—. Le dabas tres veces seguidas al timbre y después se elevaba por los aires y te llevaba a donde querías.

—Lo siento, pero eso no me lo puedo creer —opina mi amigo, encendiendo su cigarro puro de todos los días a esta misma hora—. Además, me parece una perogrullada decir que tenía dos ruedas circulares.

—¿Por qué?

—Porque todas las ruedas, por el mero hecho de serlo, son circulares. De lo contrario, ya no serían ruedas. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de ruedas cuadradas?

—Tú sabes muy bien lo que quiero decirte. Ramoncito —respondí, apartando con la mano la nube de humo que me envía a los ojos con la peor intención del mundo—. Eres un fumador impenitente y tienes los pulmones hecho polvo, pero no eres tonto. Puede que sea una perogrullada por mi parte aludir a la redondez de las ruedas, pero tienes que aceptar conmigo que hay unas ruedas más redondas que otras.

Ramón se encoge de hombros y levanta la mirada al cielo porque una nube negra que acaba de llegar del norte se ha plantado justamente delante del sol.

—En eso, por lo menos, tienes razón —acepta.

Estamos sentados en uno de los bancos de hierro que instalaron hace unos años cerca de la entrada principal del parque, frente a un parterre repleto de geranios rojos y blancos. Alrededor del quiosco de música, media docena de niños morenos juegan a perseguirse y a tirarse piedras sin que sus padres, que están sentados un poco más allá y fingen leer el periódico, se tomen la molestia de amonestarlos. Esos niños intrépidos y feroces se entrenan cada día en este rincón del parque para poder afrontar el día de mañana con ciertas garantías de éxito todos los desafíos que muy probablemente les planteará una sociedad cada vez más competitiva e inmisericorde. Inician su preparación descalabrándose, es cierto, pero cuando cumplan los doce años empezarán a estudiar informática y ciertas técnicas orientales de lucha corporal.

—Hay algunas bicicletas que tienen la llanta de las ruedas abolladas —insistió.

En el gran paseo central una docena de ciclistas adolescentes —todos mayores de dieciocho años— se embisten recíprocamente con sus bicicletas de combate y estallan en grandes risotadas cada vez que uno de ellos consigue derribar a su oponente. Esos ciclistas continuarán luchando hasta que solo quede en pie una sola bicicleta, y el muchacho que conduzca esa bicicleta victoriosa será invitado a participar la semana que viene en nuevas eliminatorias.

—De vez en cuando, viendo a esos chicos, me siento bastante pesimista —suspira mi amigo—. ¿Adonde te parece que vamos a parar?

—Pues no lo sé —respondo—. Yo también lo veo bastante negro.

—Algunos piensan que se acerca el fin del mundo —susurra Ramón.

Está a punto de echarse a llorar. Deja el cigarro sobre un extremo del banco y se suena con un gran pañuelo de color azul oscuro.

—Vamos, vamos, estábamos hablando de mi bicicleta y de sus dos ruedas circulares —le recuerdo, para sacarle de sus tristes pensamientos—. También esas bicicletas tienen dos ruedas, pero no se parecen en nada a la que me regaló mi tía Liduvina.

Ramón vuelve a ponerse el puro entre los dientes, se encoge de hombros y levanta la mirada al cielo. De ese modo tan simple consigue que la nube que estaba ocultando el sol se aparte del astro-rey y continúe su paseo hacia el sur. Los ancianos y las ancianas del parque que están tomando el sol vuelven a ponerse las gafas oscuras, pero los ciclistas del paseo central, indiferentes al recuperado esplendor de Febo, continúan luchando encarnizadamente. Del medio centenar de adolescentes que empezaron a combatir a primeras horas de esta mañana solo queda una docena en pie.

—Si quieres que te diga lo que pienso, no creo que tu bicicleta volase —me dice de pronto Ramón, que se ha recuperado completamente—. Más todavía: ni siquiera creo

que tuvieses una tía que se llamase Liduvina. No es ese un nombre que se use en nuestro país, ni ahora ni antes, en los tiempos en los que tú hiciste la primera comunión. La conclusión, por lo tanto, es de lo más preocupante: un nombre imaginario para una tía imaginaria. Según mis informes, ni tu padre ni tu madre tuvieron hermanos o hermanas.

—Es cierto —reconozco, comprendiendo de pronto que mi amigo es muy listo y que no voy a poder engañarlo—. Mi padre y mi madre fueron hijos únicos.

Otra vez vuelve a echarme a la cara una espesa nube de humo —lo hace seguramente para castigarme por mentiroso— que me obliga a entornar los ojos.

—¿Por qué habrá en este mundo tantos chicos que se inventan tías maravillosas?

No sé qué responderle y vuelvo una mirada errática hacia los ciclistas adolescentes. En cierto modo, lo que está pasando en el paseo central resulta bastante divertido: cada vez que uno de los ciclistas consigue derribar a su oponente, retrocede unos cuantos metros, coge impulso y procura pasar las ruedas de su bicicleta por encima del cuello del caído antes de que tenga tiempo de levantarse.

—Además —prosigue mi amigo—, suponiendo que esa tía hubiese existido realmente, y suponiendo, también, que te hubiese regalado una bicicleta con el cuadro pintado de azul celeste, dime: ¿por qué le buscaste un nombre tan raro? ¿Por qué no te conformaste con llamarla Josefina, Carmen o Asunción, que es como se llaman casi todas las tías?

—Liduvina me parece un nombre muy hermoso —le contesto—. Es una deformación del germánico Leudwin, que significa «pueblo victorioso». Siempre soñé con una tía que llevase un nombre tan sonoro y que, además, me regalase una bicicleta.

Mi amigo prefiere ahora lanzar la columna de humo hacia el otro lado. Eso significa que acepta mi justificación. Los niños continúan dando vueltas alrededor del quiosco sin dejar de apedrearse. Una de las piedras pasa por encima de nuestras cabezas y cae sobre el parterre de los geranios.

—Si nos dan a nosotros, tal vez podríamos hablar también de daños colaterales —suspira Ramón, sin quitarse el puro de entre los dientes.

—Tampoco tuve nunca una bicicleta azul con el manillar niquelado —le confieso—. Y menos todavía que fuese capaz de volar.

—Lo suponía —dice Ramón—. Seguramente descubriste esas bicicletas voladoras en una película que se estrenó hace ya bastantes años. Los de aquella película, sin embargo, eran niños gringos. No tenían mucho que ver con los chicos de este país.

No tengo más remedio que afirmar con un par de movimiento de cabeza. Luego nos quedamos los dos callados —Ramón, en realidad, es hombre de pocas palabras— y los chicos del quiosco establecen también una pausa para recuperar fuerzas. Los ciclistas del paseo central, sin embargo, siguen arrollándose recíprocamente. Para ellos no hay pausas que valgan. Nada los detiene. En estos momentos solo quedan siete supervivientes. Es evidente que se aproxima la hora final.